

FRAY ABELARDO LOBATO CASADO, O. P.

SANTO TOMÁS DE AQUINO,  
ARQUITECTO DE LA VIDA UNIVERSITARIA.  
EL PROFESOR IDEAL EN LA PAIDEIA TOMISTA

LECCIÓN MAGISTRAL EN LA CELEBRACIÓN  
DE LA FESTIVIDAD DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

---

PRESENTACIÓN POR  
DON ANTONIO FERNÁNDEZ-GALIANO

MADRID, 25 DE ENERO DE 1996



## PRESENTACIÓN

*Antonio FERNÁNDEZ-GALIANO*  
*Vicerrector de la Universidad San Pablo-CEU*

No podía la Universidad San Pablo—CEU dejar de celebrar, con la máxima dignidad, la festividad de Santo Tomás de Aquino, al menos por tres razones: en primer lugar, porque propio es de la familia universitaria ensalzar y conmemorar a quienes en el pasado han contribuido de modo decisivo a la formación y desarrollo de los saberes en cuyo conocimiento y enseñanza se centra nuestra actividad de todos los días. Y basta recordar la ingente labor docente de Santo Tomás, junto a su pasmosa fecundidad de autor, para dejar patente que representa una de las más conspicuas cumbres del pensamiento universal. La segunda razón está en que, con esta celebración, continuamos una vieja tradición de la Universidad española, con la que no han podido ni sectarismos ni trasnochados intentos iconoclastas. Sea la tercera razón —y tal vez para nosotros la más acuciante— la de que quien fuera designado desde antiguo *Doctor Angelicus*, fue proclamado por San Pío V Doctor de la Iglesia, en 1567, y declarado por León XIII, en la Encíclica *Aeterni Patris*, de 1879, patrono universal de todas las escuelas católicas, título universalizado por el actual Pontífice, que en 1980 le ensalzó como *Doctor Humanitatis*.

Para hablarnos de Santo Tomás no podíamos traer a mejor paneirista que a quien hoy va a deleitarnos y a ilustrarnos con su palabra, un hombre que, no sólo es gran conocedor de la doctrina del Aquinate,

sino que además está imbuído de su espíritu religioso al vestir su mismo hábito y, por ello, de su pasión por el estudio, hecho carne de su carne y regla de vida. Todo momento es bueno para la cogitación dominicana, como expresan las Constituciones de la Orden: *Cum studium sacrae veritatis sit medium necessarium ad specialem finem Ordinis consequendum, fratres nostri, exemplo et praescriptio B. Patriarchae Dominici, in studio taliter sint intendi, ut de die, de nocte, in domo, in itinere, legant aliquid vel meditentur, et quidquid poterunt, retinere cordetenus nitantur*. Es decir: “Como el estudio de la verdad sagrada es el medio necesario para cumplir el fin específico de la Orden, nuestros hermanos, conforme al ejemplo y mandato de Santo Domingo, han de estar tan centrados en el estudio que de día o de noche, en casa o de viaje, en sus lecturas o en sus meditaciones, han de esforzarse para recordar lo que hayan pensado”.

No otra cosa ha hecho el Padre Lobato en toda su vida, de día y de noche, en el convento o en sus constantes idas y venidas, que cumplir el precepto de las Constituciones. Sólo así puede explicarse su abundantísima producción bibliográfica, cifrada en los seis libros de que es autor, los diez y nueve publicados bajo su curatela, los cientos de artículos y las más de mil recensiones bibliográficas que han salido de su pluma, amén de los varios Congresos y Encuentros por él organizados.

Nació nuestro huésped en San Pedro de la Viña, pueblecito de la provincia de Zamora, en el seno de una familia agricultora. La fecha de su nacimiento tiene ya ciertos visos de augurio en cuanto a su futura vocación, ya que se produce el 20 de enero de 1925, exactamente cuando se cumplen los setecientos años del natalicio de Tomás de Aquino. Allí, en su pueblo, recibe la primera instrucción y, a los diez y siete años, en 1942, profesa en la Orden de Predicadores en el con-

vento de Almagro, donde estudia humanidades, filosofía y teología, ordenándose sacerdote en 1949 en el convento de San Esteban, en cuya Facultad de Teología estudiaba desde un año antes con tres ilustres dominicos, a los que yo también tuve el gusto de conocer cuando estudiaba Filosofía en la Universidad Complutense y apreciar su talla intelectual: Santiago Ramírez, Guillermo Fraile y Venancio Carro. Con esta formación alcanzó la Licenciatura en Sagrada Teología, tras de lo cual marcha al *Angelicum* de Roma, donde obtiene la Licenciatura en Filosofía en 1951, y el Doctorado al año siguiente, con una tesis sobre *Avicena y Santo Tomás*, primera manifestación escrita de su preocupación por el pensamiento tomista. De nuevo en España estudia en la Escuela de Estudios árabes de Granada y en la Universidad Complutense de Madrid, donde obtiene la Licenciatura civil en Filosofía, en 1956.

Concluida su etapa de formación –si bien esta expresión no tiene otro alcance que la de obtención de sus títulos, pues en un intelectual como el Padre Lobato la formación no tiene otros límites que los biológicos–, inicia su actividad docente en la Universidad Pontificia de Salamanca, en 1960, regentando la cátedra de Estética como sucesor del profesor Sánchez de Muniaín, hasta 1970; aunque, hablando estrictamente, sus primeras armas en la enseñanza las había ya esgrimido en el Estudio General de los Dominicos, de Granada, en 1952, explicando historia, crítica y cosmología. Paralelamente a su docencia en la Pontificia de Salamanca, Lobato se hizo cargo, desde 1960, de los estudios filosóficos en la Facultad de Filosofía del *Angelicum* de Roma, pasando en 1963 a ser profesor ordinario, desempeñando la cátedra de Metafísica. En 1968 fue elegido Decano de dicha Facultad, siendo reelegido varias veces hasta la quinta en 1989. En la actualidad es Decano del Instituto *Regina Mundi*, de Roma.

Con independencia de su actividad docente, en el haber del Padre Lobato se cuenta también la organización del muy importante Congreso Internacional sobre Santo Tomás, celebrado en Roma y Nápoles en 1974, con ocasión del séptimo centenario de la muerte del aquinatense; en 1984 fundó en Sevilla el Instituto *Fray Bartolomé de las Casas*, del que es Presidente, y en 1987 creó en la Universidad de Santo Tomás, de Roma, el *Instituto de Santo Tomás*.

Muy intensa y destacada ha sido también la trayectoria del padre Lobato dentro de la Orden dominicana. En 1977 fue elegido provincial de la Provincia de Andalucía, siendo reelegido en 1981. Es Delegado de la Santa Sede, desde 1982, en el Consejo de Europa para los Derechos Humanos. Ha sido miembro de la Comisión Internacional de Estudios de la Orden y en 1987 obtuvo el nombramiento de Maestro en Sagrada Teología, máximo título que, por razón de estudios, confiere la Orden de Predicadores. Desde 1980 pertenece a la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, de cuyo Consejo Directivo es actualmente miembro.

Pero acaso la obra con la que sospecho que está el Padre Lobato unido con lazos más entrañables es la SITA, la *Società Internazionale Tomasso d'Aquino*, que él promovió y de la que es y ha sido su único Director. Como él mismo explica en un trabajo que relata el nacimiento y vida de la SITA, la idea de la misma surgió en el Congreso Internacional de 1974, antes aludido. El éxito de éste llevó a pensar a no pocos de los participantes que el pensamiento tomista no estaba tan cristalizado en el pasado como algunos creían y que, al contrario, se daban en él unos fermentos vitales capaces de ofrecer soluciones a los problemas de nuestro tiempo. Y se pensó en la posibilidad de constituir una Asociación que tuviera como misión principal el cultivo de los estudios tomistas con vistas a su replanteamiento en la sociedad pre-

sente. Tras muchas vicisitudes en las que aquí no podemos entrar, la idea –que tuvo siempre el aliento del Maestro de la Orden, Padre Aniceto Fernández, y del entonces Cardenal Woityla– tomó cuerpo al constituirse legalmente la SITA en mayo de 1978. Aunque la Sociedad contó con la asistencia y el esfuerzo de un grupo, el espíritu inicial y el esfuerzo de su conservación y crecimiento fue obra del Padre Lobato, por lo que antes afirmaba yo que suponía que era su obra predilecta.

En los Estatutos de la SITA se señala como uno de sus fines “el examen de los problemas fundamentales de nuestro tiempo, especialmente los que dicen relación al pensamiento cristiano, a la luz de las enseñanzas de Santo Tomás”. He ahí el sentido más profundo de la *Società*: la proyección de la doctrina tomista sobre el mundo actual, para buscar en ella soluciones al dédalo en que vaga perdido el hombre contemporáneo. Pero ello, como es lógico, operando sobre el más exigente rigor intelectual y no por los impulsos cordiales de una adhesión devota, poniendo el tomismo a cubierto de dos peligros que le acechan: el que proviene de los que lo condenan, sin más, por el simple hecho de ser un pensamiento del pasado y, por si fuera poco, inspirador de la filosofía cristiana; y la no menos peligrosa actitud de quienes defienden el tomismo con más fervor que razones, con más entusiasmo que serena reflexión, con lo que desaprovechan y dan de lado el enorme caudal de λόγος que nutre la doctrina de Santo Tomás.

Un autor tan poco sospechoso como Gilson, uno de los mejores conocedores del pensamiento medieval, describe así esas dos posturas antagónicas ante la Escolástica, que entiendo pueden referirse también al Tomismo: “Según unos –escribe–, filosofía medieval significa escolástica, y escolástica significa, como por definición, rutina, prejuicio, dialéctica abstracta y estéril oscurantismo religioso... Según otros his-

toriadores, es precisamente el punto de vista opuesto al que es verdadero. Edad Media significa escolástica, y escolástica significa verdad, filosofía eterna, delimitación rigurosa de un dominio dentro del cual todo es verdad, fuera del cual todo es error”.

El Padre Lobato, como buen intelectual que es, se acerca al Tomismo con el amor filial de dominico pero también con la convicción, nacida de la reflexión, de que en las tesis de Santo Tomás hay una abundante dosis de racionalismo, en el mejor sentido de la palabra, que le permite, con todo derecho, ocupar un lugar en el selecto reducto de los saberes científicos, porque no es –utilizando terminología platónica– una *δοξα* sino una *επιστήμη*.

En verdad que es una suerte que, para esta conmemoración de Santo Tomás, la Univesidad San Pablo–CEU haya podido contar con la presencia de un tomista de la talla del Padre Lobato, a quien ya escuchamos para que nos muestre a nosotros, profesores, el perfil de un colega de hace setecientos años: el maestro Tomás de Aquino.

Madrid, 25 de enero de 1996

**SANTO TOMÁS DE AQUINO,  
ARQUITECTO DE LA VIDA UNIVERSITARIA.  
El Profesor ideal en la “paideia” tomista.**

*A. LOBATO, O. P.*

*Al iniciar esta prolucción académica, con mi saludo, quiero decir también mi intento. En primer lugar deseo expresar mi agradecimiento sincero al Señor Rector por la invitación que me ha hecho a tener esta conferencia en la doble fiesta que hoy celebramos, la de San Pablo, Patrono de vuestra Universidad, la de Santo Tomás proclamado por León XIII en 1880 Patrono de todas las escuelas católicas. Os confieso que me siento muy honrado al compartir este acto con vosotros. Consciente de mi pequeñez y de los altos valores de este Centro de estudios, he aceptado con “temor y temblor” y vengo más dispuesto a aprender que a enseñar.*

*Mi intento en esta lección, que debería ser “magistral”, es sencillo y lo creo adecuado. No trato de hacer un panegírico de Tomás, porque ni él lo necesita, ni nuestro tiempo lo aprecia. A Tomás no le gustaba hablar de sí mismo y las pocas veces que se siente obligado a hacerlo, que no pasan de diez, es para dar la cara en alguna disputa doctrinal, cuando juzga que la verdad en peligro tiene que ser defendida, y esta es una de las tareas del doctor; tampoco le agradaba que hablaran de él, apoyado en la firme condición de que la inteligencia humana se perfecciona con la verdad, que es su objeto, y no con las opiniones, la información acerca de uno u otro pensador. Teniendo en cuenta el hecho de la novedad de esta Universidad y vuestro ambicio-*

so proyecto cultural, he optado por presentaros una reflexión que haciendo memoria de Tomás os toca de cerca a vosotros.

*Me voy a ocupar de la inserción de Tomás en la universidad naciente de su tiempo, y de la idea que él se forjó de la noble tarea del profesor. Ello no es sólo volver los ojos hacia el pasado. “Cuando nos ocupamos de Tomás, siempre se trata de algo que sobrepasa al mismo Tomás”, decía agudamente el último de los grandes escolásticos, profesor en Alcalá<sup>1</sup>. La universidad desde sus primeros pasos necesita realizar un retorno a los orígenes, dar un salto hacia atrás, para inspirarse en el principio y fundamento de su quehacer cultural, y todo profesor de la misma tiene que mirar de frente alguno de los genios que han encarnado este noble ideal de promoción humana. En Tomás de Aquino es posible contemplar ambas cosas: los orígenes de la vida universitaria y un ideal logrado de su realización.*

*Tal es mi modesto propósito. Por tanto, el itinerario que me propongo recorrer con vosotros se desarrolla en tres etapas desiguales de un solo camino: la primera es evocadora, existencial, trae a la memoria la participación de Tomás en la vida universitaria, una contribución decisiva, de arquitecto; la segunda lleva un sello doctrinal, Tomás, además del ejemplo viviente, propone una teoría muy fundada acerca del oficio del profesor en la vida universitaria, una tarea constitutiva; la tercera etapa queda abierta, apenas insinuada como conclusión, es proyectiva, de asunción por vuestra parte de ese ideal de “paideia tomista”, en el alba del tercer milenio.*

*El fin en las cosas humanas es el punto de partida. Ese “Ordo rerum in finem”, soñado por vosotros en la aventura de la nueva*

<sup>1</sup> JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus theologicus*, Ed. Solesmes, 1931. Pág. 222: *Maius aliquid in Thoma quam Thomas suscipitur et defenditur*”.

*Universidad, tiene que ser el principio que dispone todo el proceso, cuando os encontráis entre el gozo de los comienzos y la zozobra de los primeros pasos, y deliberáis sobre el “ordo partium in toto”. Este ejercicio de un paso hacia atrás, buscando en Tomás un ejemplo y una orientación, es sólo el requisito para el salto hacia adelante.*

## **I Tomás, arquitecto de la vida universitaria.**

Podemos afirmar que la Universidad es coetánea con Tomás de Aquino, cuya breve existencia transcurre desde un día ignorado que es preciso situar hacia 1225, en un austero castillo de la familia de Aquino en Roccasecca, hasta el 7 de marzo de 1274 en la abadía cisterciense de Fossanova. La universidad tenía ya una cierta existencia. Nada humano pasa de la nada a la plenitud. El mito de Minerva, la diosa de la sabiduría, que viene a la existencia en un instante, con sólo abrirse la cabeza de Júpiter, es solo una ilusión y un anhelo. La universidad es una creación de la cristiandad medieval, que ha sido posible gracias a las escuelas de los monasterios y de las catedrales, que ya funcionan con regularidad en el s. XII. El desarrollo de la sociedad en el s. XIII impulsa la solidaridad, los gremios, la unión de las fuerzas y de las profesiones.

Ya en 1180 hay maestros que se reúnen en corporación y forman la *honesta societas*, reconocida por Inocencio III en 1209 como *societas in magistratibus*. Las escuelas se forman en torno a los maestros, no sólo en los cien monasterios cistercienses edificados en menos de un siglo y extendidos por toda Europa, sino también han surgido por obra y gracia de hombres singulares, como Guillermo de Champeux, Anselmo de Aosta, Bernardo de Claraval o Pedro Abelardo. Bolonia va a la cabeza con las escuelas de los juristas, organizados ya en los

últimos años del s. XII. Le sigue París, que desde el año 1200 imparte la *Licentia docendi* en las escuelas del Petit Pont, y desde 1215 cuenta con los Estatutos de Roberto de Courçon. Es el tiempo en que ya está en marcha en España el Estudio General de Palencia, obra de Alfonso VIII en el año 1208. En París, desde 1229, se describen las escuelas como la *Universitas magistrorum et scholarium*. La Bula de Gregorio IX, de 1231, *Parens scientiarum*, puede decirse el momento decisivo del reconocimiento oficial de la Universidad, obra conjunta de los dos poderes pontificio y real.

El florecimiento de esta institución escolar hace de París la ciudad cultural por excelencia en la Europa medieval. Inocencio IV la compara con el paraíso, porque hay en ella cuatro facultades, artes, medicina, derecho, teología, que son como los cuatro ríos que riegan toda la tierra<sup>2</sup>. En 1249 se constituyen las llamadas “*nationes*” que agrupan por su origen a Profesores y estudiantes, *franceses, picardos, normandos, ingleses*. En 1257 Roberto de Sorbon funda, con el apoyo real, el *Hospitium*, el Colegio, que será llamado la Sorbona, y con su biblioteca, sus aulas, pasará a ser el centro de la vida universitaria. A mediados del s. XIII la universidad ha cobrado su perfil definitivo<sup>3</sup>. Siguiendo el ejemplo de Bolonia y de París, surgen otros centros análogos, en Oxford, Colonia, Toulouse, Montpellier, Orleans, Salamanca. El s. XIII nos sorprende por su vitalidad creadora.

También Nápoles conoce su universidad, y bien singular por cierto. Es la primera que podemos llamar civil, porque, no sólo no ha sido creada por la Iglesia, sino más bien en una cierta oposición a ella. El emperador Federico II, genio aventurero medieval, *Stupor mundi* lo llamaban sus coetáneos, en abierta lucha con el Pontifi-

<sup>2</sup> DENIFLE, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, I. París, 1889, pp. 267–270.

<sup>3</sup> Cfr. *La vie universitaire parisienne au XIII siècle*, Edit. Chapelle de la Sorbonne, 1974.

cado, crea en 1224 en Nápoles la universidad destinada a formar sus jurisconsultos, médicos, pedagogos y letrados. Esta universidad napolitana tendrá alternativas de prestigio y decadencia, especialmente con la deposición de Federico II en 1245, y a su muerte en 1250. Pero ha pervivido, asumida por los sucesores, Manfredo y Carlos de Anjou.

Cuando Tomás entra en escena, la universidad medieval ya está en marcha, con sus programas, estatutos, privilegios, normas. El nombre usual hasta 1261, con Urbano IV<sup>4</sup>, es el de *Studium generale*, porque sus títulos de *Licentia docendi* se extienden a todo el orbe, por el poder del papa o del Emperador. La universidad medieval es la gran novedad cultural. Tres causas la han hecho posible: el desarrollo de las escuelas, la evolución de la vida social que requiere hombres preparados para el ejercicio del derecho, la medicina, las letras, la teología, y el poderoso influjo cultural del mundo musulmán, que llega a las fronteras de la cristiandad con nuevos saberes, ciencias y artes. El despertar del mundo cristiano, a través de estos estímulos, se concentra en la universidad como lugar de acogida y discernimiento del saber, forja de hombres profesionales, instrumento político al servicio del pontificado y del imperio. La universidad medieval tiene su sello cultural, social, político. Ha sido una creación europea, cristiana y medieval.

Tomás de Aquino ha sido un hombre de experiencia universitaria singular, un hombre de letras afortunado. Hoy lo vemos como un centro en el cual confluyen todos los rasgos de su tiempo. Se verifican en su existencia dos características de lo humano que a Tomás le gustaba subrayar: una la descrita por Aristóteles, la del hombre que es en cier-

<sup>4</sup> Por vez primera una carta de Urbano IV a la Sorbona el 22 de junio de 1262, cuando Tomás está al servicio de la Curia en Orvieto, se habla de la *Universitas Parisiensis*. París, BN. Ms. Latin 16069 ff. 110.

to modo todas las cosas: *quodammodo omnia*<sup>5</sup>, y otra, la neoplatónica, del alma horizonte y confin de dos mundos, el de la materia y el del espíritu: *quasi horizon et confinium*<sup>6</sup>.

Por su familia procede de una clase más bien alta en la que confluyen las estirpes de los de Aquino y los Rossi, situada en la difícil frontera del servicio al Emperador y la obediencia cristiana al Papa. Por su vocación Tomás se sitúa en la frontera de la vida monacal benedictina, como oblato de la infancia y de afinidad contemplativa en su existencia, y la vida apostólica de los mendicantes dominicos que abraza con toda su alma y defiende con todas sus fuerzas frente a la familia que no puede tolerar esa decisión. Su fortuna cultural procede de esos dos polos. Desde nuestra perspectiva histórica percibimos el designio de la providencia, su destino, que lo lleva por caminos inesperados como de la mano y le prepara de modo singular. Inicia en Montecasino su aventura intelectual en 1230, cuando apenas ha llegado a los cinco años y en su escuela vive a lo largo de los nueve siguientes, interno en la abadía, bajo la mirada del abad, tío suyo, Landolfo Sinibaldi. Allí ha recibido la primera formación en las letras, en las humanidades, en las virtudes cristianas, con pocos libros y muchos ejemplos. Montecasino es un hito de las alturas del espíritu y de la cultura, una escuela de oración, de formación, de forja del espíritu contemplativo. En esa colina espiritual ha nacido Europa, la que reconoce por patrono a San Benito, la de la tradición cristiana, de la oración y del trabajo: *ora et labora*, y la *Europa de la cultura*.

Al cabo de los nueve años de formación en esa montaña privilegiada, Tomás ha sido expulsado de ese paraíso, en uno de los fre-

<sup>5</sup> ARISTÓTELES, *De Anima*, III, 8, 431 b 22.

<sup>6</sup> LIBER DE CAUSIS, *Propositio II*. n° 22. SANTO TOMÁS, SCG, II, 68. Cfr. A. LOBATO, *Anima quasi horizon et confinium*, en el vol. "Littera, sensus, sententia", Roma, PUST, 1989, p. 52 y ss.

cuentas arrebatos del Emperador, y ha descendido al valle de Nápoles, con la fortuna de tener entrada en la Universidad civil para la cual estaba preparado. En ese Centro singular confluyen antes y en mayor medida que en ningún otro, los saberes que vienen, como la luz, del oriente. Durante cuatro años, de 1239 a 1244, el joven Tomás ha sido alumno de las escuelas imperiales. Llevaba a término lo iniciado en Montecasino, y recorría el programa medieval del *Trivium* y el *Quadrivium*, gramática, retórica, lógica –aritmética, geometría, astronomía, música–. Nos consta que ha tenido dos maestros, uno llamado Martín, y otro de cierto renombre, Pedro de Irlanda, que explica Aristóteles y tiene disputas públicas sobre temas de antropología<sup>7</sup>.

A los 19 años Tomás, habiendo recorrido todos los grados de la escuela de su tiempo, está en la hora de tomar decisiones para su futuro. Y lo hace de modo singular. No opta por el camino del padre, *miles*, un soldado de alto rango a quien el Emperador confía la custodia de los prisioneros y la justicia en la tierra campana, ni el de los hermanos que viven como los caballeros de la corte, a veces poetas, a veces guerreros, en torno al Emperador<sup>8</sup>, sino que elige el camino nuevo, apostólico, mendicante y evangelizador de los predicadores. Afortunadamente este camino lleva a plenitud su experiencia universitaria. Si la propia familia le detiene por la fuerza y la violencia mientras se dirige como itinerante hacia París, en los largos meses de su obligada permanencia en la mansión familiar de Montesangiovanni o de Roccasecca, medita y asimila la herencia escolar que ya posee. Aprende de memoria la Biblia, que será su libro, y asimila cuanto llega a sus manos de

<sup>7</sup> Cfr. M. B. CROWE, *Peter of Ireland: Aquinas' Teacher of the Artes Liberales*, en el vol. "Arts libéraux et philosophie au Moyen Age" Montreal-París, 1965, pp. 617-626. R. A. GAUTHIER, *Introduction*, edic. Leonina de Santo Tomás, I, 1<sup>o</sup>. 1989, pp. 67\* - 68\*.

<sup>8</sup> Cfr. F. SCANDONE, *La vita, la famiglia e la patria di S. Tommaso*, Roma, 1924.

Aristóteles, con cuya filosofía se siente en perfecta sintonía. Con ese bagaje cultural entra en París en 1245, ya fraile predicador, tiene su celda en el convento de Santiago<sup>9</sup>, el *Studium generale* de los dominicos, integrado en la universidad de París, con dos cátedras de teología. En ese tiempo están a cargo del francés Guillermo d'Etampes y del sajón Alberto Magno.

El convento es una colmena por su actividad cultural. En él se han elaborado las primeras *Concordantiae biblicae* bajo la dirección de Hugo de S. Caro. Los estudiantes dominicos han puesto en marcha un nuevo método más rápido de copia de manuscritos. Cada fraile dominico de esa comunidad debe ser un hábil escritor, buen copista. Tomás no debía serlo, su letra era *illegibilis*. Ahí están los numerosos manuscritos que dan testimonio de ello, en cuya interpretación han perdido la vista pacientes lectores como los dominicos Ucelli y Gils. Parece probable que, durante este primer tiempo de su estancia en París, Tomás frecuenta la facultad de los llamados “artistas” o filósofos, por la cual pasan todos los estudiantes que aspiran a la teología, y en ella haya completado lo que pudiera faltarle en su currículum napolitano. Es la facultad más numerosa, la más joven, la que tiene mayor inquietud cultural. Ya han llegado a ella algunas obras de Aristóteles. La prueba de que Tomás ha entrado y colaborado con esa Facultad está en que a su muerte, no sólo piden a la Orden que les entreguen los trabajos que Tomás había prometido, sino también su cuerpo para ser sepultado en París<sup>10</sup>.

La experiencia universitaria de Tomás, desde la perspectiva del estudiante, se extendió a Colonia, cuando allí nació otro *Studium*, a

<sup>9</sup> La Bula del Papa Honorio III, del 27 de febrero de 1220, se dirige a “*los queridos hijos, los hermanos de la orden de predicadores, que estudian los textos sagrados en París*”.

<sup>10</sup> Cfr. J. P. TORRELL, *Initiation à saint Thomas d'Aquin*, Editions universitaires de Fribourg, 1993, pp. 34–36.

donde fue enviado con el maestro Alberto Magno el año 1248. En Colonia se edificaba entonces la catedral y vió cavar las fosas para levantar las esbeltas torres góticas que son parte del paisaje de la ciudad. En ese nuevo Centro siguió las lecciones de Alberto, en las cuales se traspasaban las fronteras de los decretos de la Iglesia y de la Orden cuando prescribían a los dominicos que no tuvieran lecciones de textos de pensadores no cristianos: *In libris gentilium non legant*, o que Aristóteles no se estudie mientras sus obras no sean “expurgadas”<sup>11</sup>. El programa de Alberto era bien diferente, introducir en los estudios de occidente el pensamiento-filósofo: *facere Aristotelem intelligibilem latinis*<sup>12</sup>.

En la escuela de Alberto Tomás hace sus primeros ejercicios universitarios, como bachiller bíblico. Alberto tiene que frenarle para que no se comporte como *magister*. En la escuela se distingue por su silencio, y hasta es motejado por sus compañeros como *bos mutus sicilianus*. Alberto descubre su talento excepcional y anuncia que algún día sus “mugidos” resonarán en todo el mundo. Fruto de esta actividad universitaria son las primeras *Reportationes* de Tomás. Dos de ellas se conservan en un ms. napolitano y ambas dan testimonio de la apertura de los estudios que siguen los alumnos en la escuela de Alberto, una es sobre la *Ethica Nicomachea*, y otra sobre la obra de Dionisio, *De divinis nominibus*<sup>13</sup>. Cuando Tomás concluye su itinerario de discípulo, ya

<sup>11</sup> Cfr. G. MEERSSEMAN, *In libris gentilium non studeant. L'étude des classiques interdit aux clercs au moyen âge?*, en “Italia medievale e classica”, I, Padova, 1958, pp. 1–13.

<sup>12</sup> ALBERTO MAGNO, *In Polit. Aristot. Epil.*: “*Nostra intentio est omnes dictas partes physicam, metaphysicam et mathematicam, facere latinis intelligibiles*”.

<sup>13</sup> Ms. Bib. Naz. Nápoles, I, B, 54. Ambas obras han pasado por originales de Tomás, hasta que se han descubierto las lecciones de esos cursos de Alberto. Una comparación entre el texto del maestro y del discípulo pone de manifiesto el talento peculiar de cada uno. Cfr. L–E.– BOYLE, *An Autograph of St. Thomas at Salerno* en el vol. “*Littera sensus sententia*” a cura di A. Lobato, Roma, 1991, pp. 117–134.

deja en pos de sí huellas duraderas de su talento excepcional y de su inserción plena en la vida de la Universidad.

Una nueva etapa comienza para Tomás, a partir de 1252, cuando ya está de vuelta en París, para ser incorporado por sus pasos en el escalafón de la universidad. El primer grado de esa escala lo ha hecho como bachiller sentenciario con Elias Brunet de Bergerac, y a fe que su colaboración supera la del maestro y deja constancia de ello en el *Scriptum super Sententiis*, la obra más voluminosa y más compleja de cuantas ha escrito Tomás. Al final de ese encargo, cuatro años más tarde, en 1256, en las manos de profesores y estudiantes circulan, junto al primer comentario del maestro Alexander Halensis, los cuatro volúmenes de Tomás de Aquino, joven bachiller. En su ágil y puntual hermenéutica, Tomás no deja de aclarar un solo problema de los que disputa la teología de su tiempo. En esa obra ya están todas sus intuiciones geniales, las que le dan su perfil intelectual, las que mantiene toda la vida. Solo algún punto bien pequeño será objeto posterior de corrección, como el de la ciencia de Cristo. Tomás ha entrado en la docencia universitaria como ayudante del maestro, con sus ejercicios de bachiller, *opponens* y *respondens*, con su lectura continua de la obra de Pedro Lombardo, la más comentada en las escuelas después de la Biblia.

Hay que dejar en claro que los primeros pasos en la experiencia universitaria del profesorado de Tomás fueron muy duros. Los obstáculos le salen al camino. La lista es larga. El clero secular, guiado por Guillermo de Saint Amour ataca el estilo de vida de las órdenes mendicantes, y la Orden se siente en peligro de extinción cuando hasta el Papa le da oídos. Tomás sale a la defensa con un escrito memorable: *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*<sup>14</sup>. Los profesores de la

<sup>14</sup>Cfr. P. GLORIEUX, *Le "Contra impugnantes Dei cultum et religionem" de s. Thomas: ses sources, son plan*, en "Mélanges Mandonnet", París, 1930, I, p. 75.

facultad de teología, clérigos seculares ya instalados, se oponen a su ingreso en la universidad porque no pueden tolerar que los religiosos tengan cátedras como ellos. Su recurso para ser oídos por las autoridades académicas, el obispo y el Papa, es la huelga. En varias ocasiones cierran sus cátedras y se van de la ciudad de París.

Cuando el Papa exige que Tomás y Buenaventura sean admitidos a la prueba del grado de Licencia, el Canciller Eric de Veyre le obedece pero los catedráticos no le siguen. Tomás se somete a la dura prueba de la *Inceptio*, con temor y temblor, en un clima muy hostil. Supera la prueba, hace los ejercicios prescritos, pero los maestros obstinados le niegan la admisión en el *Consortium magistrorum*. Es preciso esperar un año para hacerlo en el mes de agosto, cuando París en la calma veraniega no se presta a tumultos. Tomás conoce la oposición de aquellos estudiantes que siguen a los maestros seculares. Un día, mientras él predica un sermón en la capilla universitaria, le arman un alboroto, otro día, cuando camina mendicante por las calles, le tiran piedras. Los peligros son reales, de tal modo que Luis IX tiene que enviar sus arqueros para defender a los religiosos<sup>15</sup>.

La experiencia de la universidad parisiense le ofreció otras duras espinas. La oposición le venía de dos frentes, y no sabemos cuál de los dos le fue más doloroso. Su preferencia por Aristóteles había contribuido para que el Filósofo fuera introducido como texto en la facultad de Artes, que adquiere mayoría de edad hacia 1255. El texto de Aristóteles llegaba a París, con los comentarios de Averroes, fallecido en Marráquex en 1196. Tomás había denunciado los desvíos del pen-

<sup>15</sup> Una carta del maestro de la Orden Humberto de Romans describe gráficamente las dificultades de los dominicos de París en 1256, cuando la oposición a los mendicantes, dirigida por Guillermo de Saint Amour, es muy fuerte. Cfr. texto en DENIFLE, *Chartularium*, I, pp. 308–309.

sador cordobés, pero algunos de sus oyentes, como Siger de Brabant, optan por seguir en filosofía al musulmán y se declaran averroístas en la doctrina sobre el alma humana y la inteligencia única y separada para todos los hombres. Será Tomás el primero que descubre y denuncia este error que se extiende en París como mancha de aceite, y resulta pernicioso para la filosofía y la fe cristiana, en su opúsculo *De unitate intellectus contra averroistas*<sup>16</sup>. La reacción de Tomás fue muy dura. Aquella interpretación falsificada de Aristóteles le lleva a tachar a Ibn Rusd de “corruptor, más que comentador”.

Otro frente de oposición es el de la tradición agustiniana, platonizante, que se opone a la introducción de Aristóteles y de su filosofía, porque con ello el vino de la sabiduría cristiana quedaría aguada. Ahí está anclada la escuela de París, y en ella sobresale su amigo y compañero de fatigas Giovanni Fidenza, el franciscano Buenaventura da Bagnoregio. Esta oposición es más persistente, tiene mayor número, se apoya en San Agustín y resiste en nombre de la fe y la teología. Tomás sale a la palestra bien seguro de su tesis, pero un tanto solo. Él ha optado por la verdad, venga de donde viniere, por la defensa de la razón humana y su capacidad para conocer la realidad. Él ha defendido el recto uso de la filosofía en teología, que no es aguar el vino de la revelación, sino imitar a Cristo cuando en Caná convierte el agua en vino<sup>17</sup>. El obispo de París, E. Tempier, y la escuela franciscana logran con la autoridad lo que no es fácil por la razón. Para medir el alcance de esta oposición habría que seguir la serie de condenas de proposiciones, que se suceden desde 1270 hasta 1277, desde la segunda vuelta de Tomás a

<sup>16</sup> Cfr. A. LOBATO, *Tomás de Aquino, Opuscoli filosofici*, Roma. Città Nuova, 1989, pp. 74–100.

<sup>17</sup> Cfr. A. LOBATO, *Filosofía y teología. El uso y el abuso de la filosofía en la teología en las primeras obras de Tomás de Aquino*, en la obra “San Tommaso Teologo”, a cura di A. Piolanti. Libreria Editrice Vaticana, 1995, pp. 59–84.

París hasta después de su muerte en tiempo de Juan XXI, el primer Papa portugués y el primer Papa filósofo<sup>18</sup>. En un primer momento Tomás quedó vencido, y sobre él recae una cierta condena que pesó como una losa hasta que Juan XXII la levante en 1323 con la canonización.

La experiencia universitaria de Tomás se extiende a todos los campos: el de los ejercicios escolares universitarios, el del calendario escolar, que va del 14 de septiembre hasta el 29 de junio, el de las disputas en las aulas ante los bachileres, maestros y alumnos. Para él no cuenta de modo especial el problema de los estipendios por sus lecciones. Desde su condición de mendicante su enseñanza era gratuita. Pero cuando deja París y viene a las escuelas, como la papal de Orvieto, o la regia de Nápoles con Carlos de Anjou, Tomás cobra su paga, una onza de oro al mes, que entrega a su comunidad, con el ruego de que con ella se pueda dar un banquete anual a la comunidad el día 21 de enero en la fiesta de Santa Inés, a quien le atribuye la curación inmediata de unas fiebres que le pusieron en fin de vida en una ocasión en que venía de París a Nápoles. Tomás conoció lo que supone en la vida universitaria el peso de la lección diaria, el de la disputa frecuente ante maestros y discípulos, el de someterse algunas veces al año para dar respuesta a todo lo que a los oyentes se les ocurra preguntar, *Quaestiones quodlibetales*, el de la predicación itinerante, el del trato con estudiantes vagos y clérigos vagantes, descritos por el monje Helinaldo: “Estos escolares suelen recorrer *urbes et orbem* y con tantas letras se vuelven tarumba. Buscan en París las artes liberales, los autores clásicos en Orleans, los códigos de derecho en Bolonia, las redomas de medicina en Salerno, y en Toledo los maestros de nigromancia. Pero en ninguna parte aprenden buenas costumbres”<sup>19</sup>. Tomás

<sup>18</sup> Cfr. A. LOBATO, *Juan XXI y los Dominicos*. En “Melanges” en honor del Prof. J. Cruz Pontes, Coimbra, 1995, pp. 345-376.

<sup>19</sup> HELINANDUS, *Sermo 15 in Ascensione Domini, II*, PL., 212, col. 603.

aceptó y cumplió con su deber de profesor y maestro: supo lo que significaba tener que entregar en una cierta data el manuscrito con el texto de sus lecciones, de las intrincadas cuestiones disputadas, cosa que pocos hacían; la responsabilidad de dictar con precisión acerca de cuestiones diversas a varios secretarios al mismo tiempo, o el tener que participar en eventos de la vida de la universidad, en las tareas como en las fiestas<sup>20</sup>.

La experiencia de Tomás en la vida universitaria es cabal, tanto en extensión porque integra diversos campos de la cultura europea, cuanto en intensidad, porque no descuida un solo problema capital de los de su tiempo. Es por vocación y opción un teólogo pero no descuida los problemas que afectan a las demás facultades. Un condiscípulo suyo de los tiempos de Nápoles, el médico Felipe de Castrocielo, le pide que le explique el movimiento del corazón, y Tomás le responde con el tratado *De motu cordis*<sup>21</sup>. El Papa Urbano IV le pide en Orvieto que ayude a los párrocos y predicadores con un comentario de la escritura, y Tomás escribe, no sin gran esfuerzo, una exégesis continua, llamada *Catena aurea*, que integra la tradición de los Padres de Oriente y Occidente. El rey de Chipre le pide un tratado de política, y Tomás comienza su obra *De regno*. La duquesa de Bravant le pregunta cómo tratar en sus dominios a los judíos, y Tomás le da unas reglas en *De Regimine judeorum*. Su secretario Reginaldo le pide que escriba una teología para tantos que no tienen tiempo para los estudios por sus muchas ocupaciones, y Tomás se pone a escribir un *Compendium theologiae* para los ocupados en lenguaje sencillo de catecismo<sup>22</sup>. La sola

<sup>20</sup> Cfr. L. BIANCHI, *Filosofi e teologi. La ricerca e l'insegnamento nell'università medievale*, PIERLUIGI IUBRINA EDITORE, PERGAMO, 1989.

<sup>21</sup> Cfr. A. LOBATO, *El tratado de Santo Tomás de Aquino, "De motu cordis"*, en "Littera, sensus, sententia", Roma, PUST, 1991, pp. 341-380.

<sup>22</sup> Cfr. A. LOBATO, *Presentación del Compendium de Teología de Santo Tomás*, Bologna ESD, 1995, pp. 7-14.

enumeración de los encargos a que Tomás responde es muy larga, y no es preciso hacerlo aquí. Basta consignar el hecho, de suyo elocuente.

La experiencia universitaria de Tomás llena toda su intensa vida. Desde Nápoles donde se inicia como estudiante, hasta el mismo Nápoles donde se concluye el 6 de diciembre de 1273, cuando ya dejó de dictar y quedaron en suspenso lo que Tocco llama *organa scriptio-nis*. Ese círculo universitario que se abre y se cierra en la ciudad partenopea incluye todo un itinerario de unos 15.000 Kms. a pie por los ásperos caminos medievales. Su paso por París, Colonia, Orvieto, Roma, ha dejado huella imborrable. Su experiencia fue completa, desde las dos vertientes de la universidad, estudiante y profesor, desde los dos cometidos, transmitir y investigar, desde los dos encuentros decisivos con la verdad y con lo profundo del hombre. Pero la experiencia es solo punto de partida. Lo que interesa poner de relieve es la contribución de Tomás a la vida universitaria y a la orientación de la Universidad de su tiempo, su obra de arquitecto.

Tomás de Aquino sintió la afinidad de su vocación con esta tarea de vida contemplativa y estudiosa. Captó muy a fondo la función de la universidad en la promoción cultural y se sintió como arquitecto de la misma. Tiene bien clara su vocación y la finalidad a que se destina. La vocación le viene de lo alto. Tomás responde a esa llamada. Y con esa respuesta inicia su tarea arquitectónica. De todo ello tenemos elocuentes testimonios al principio de su vida de profesor. He aquí un párrafo autobiográfico, raro en Tomás: “Confiado en la misericordia divina yo he asumido el oficio del sabio, si bien soy consciente de que sobrepasa mis fuerzas; por ello me he propuesto dedicarme a dar razón de la verdad que profesa la fe católica, conforme a mis posibilidades, y a combatir los errores contrarios. Lo voy a decir con palabras de Hilario: *yo tengo por cierto que el principal deber de mi vida es tener presen-*

*te que me debo totalmente a Dios, de tal modo que todos mis actos y palabras sean un lenguaje que habla de él*"<sup>23</sup>.

Quien hace profesión de teólogo está llamado a hablar de Dios, a no callar de Dios. Para ello se requiere saber, porque el hablar humano se forja en una emanación de la mente y se expresa, significa y comunica en las palabras. Hablar de Dios, como teólogo, es un oficio que compete al "sabio", el que ordena las cosas y las dirige con acierto. Recuerda a este propósito unas palabras de San Pablo: "he edificado sobre un fundamento seguro, como hace un arquitecto sabio"(I Cor, 3, 10). Desde el ejercicio de su tarea universitaria, en las tres ocupaciones que asume, la *lectio*, la *praedictio* y la *disputatio*,<sup>24</sup> trata de hacer real el ideal de la universidad naciente.

Su obra de arquitecto, más fuerte que el bronce y el tiempo, *aere perennius*, puede ser descrita desde la perspectiva histórica teniendo en cuenta los tres momentos o "éxtasis" de la temporalidad. Se confía a la universidad y a los que la componen una tarea que mira hacia el pasado: la de conocerlo y asumirlo en cuanto tiene de conquista humana y de tradición; otra tarea que se centra en el presente, la de transmitirlo a las nuevas generaciones desde la asimilación profunda y la crítica leal; y una tercera que se orienta hacia el futuro, la de posibilitarlo en nuevos horizontes de perfección humana. Esta es la tarea orientadora, y nunca concluida. El hombre es el ser abierto y perfectivo, *capax entis* y *capax Dei*, llamado a insertar en el tiempo fugaz un rayo de eternidad y de infinito.

<sup>23</sup> SANTO TOMÁS, SCG, I, 2, n° 9. HILARIO, *De Trin. I*, 37, PL, 10, 48 D.

<sup>24</sup> En su *Inceptio* Tomás encontraba en las palabras de S. Pablo a Tito, (1, 9) los tres oficios del doctor, que la teología medieval desarrolla sobre todo en la disputa. Cfr. A. LOBATO, *Le questioni disputate*, Bologna 1992, vol. I, pp. 29-34.

Para ello Tomás parte de una base antropológica, que sirve de fundamento a todo el proceso: la condición racional del hombre. Esta condición de la naturaleza humana, la de *animal rationale*, Tomás la ha asumido con todas sus exigencias: *homines rationales dicuntur*. La universidad es el lugar adecuado para el desarrollo de la humanidad del hombre, dirigido por su condición de ser inteligente, racional. La racionalidad del ser humano tiene un centro orientador, designado con la palabra verdad. El ser humano ha nacido para la verdad, en su estructura radical está conformado para apropiársela intencionalmente y, desde su condición de ser libre, se siente interpelado para dejarse modelar y transformar por ella.

Las tres dimensiones de la vida universitaria, en su apertura a la totalidad del pasado, presente y futuro, deben estar reguladas desde este fundamento del ser racional llamado a vivir la verdad en un proceso que traspasa toda la historia. Los primeros pasos de Tomás en su ejercicio del magisterio tienen una analogía con el itinerario de Parménides en su recorrido hacia el ser y la verdad, tratando de descubrirla por todos los senderos hasta llegar al lugar donde habita. En el pórtico de su primera obra, la más densa y completa que nos ha dejado. la *Summa contra Gentiles*, escribe esta frase lapidaria: “*La verdad tiene que ser el fin último de todo el universo, y todo saber tiene que ocuparse ante todo de buscarla y contemplarla*”. La vida de la universidad es el ejercicio del ser racional en su búsqueda y comprensión de la verdad. Sobre este sólido fundamento levanta toda la estructura universitaria el “arquitecto” Tomás y le señala los tres quehaceres específicos e ineludibles.

**La primera tarea** de la universidad consiste en situarse en la cima del proceso cultural, lo que se ha llamado “altura de los tiempos”.

Eso sólo es posible desde la memoria fiel de todo el pasado que nos precede. La universidad tiene que ser el lugar de la tradición cultural y de la memoria del pasado. Esto implica la conciencia de la unidad del género humano en un mismo proceso ascendente. Para la mentalidad cristiana era una verdad consolidada que todos los hombres son en cierto modo como uno solo, con su proceso y sus edades diversas. Esa conciencia de unidad implica una tarea de vigilancia y de aprecio por lo que han hecho quienes nos han precedido. Tomás concuerda con Aristóteles en la necesidad de volver los ojos hacia el pasado y de conocer las opiniones de los antiguos, sean las que fueren, porque sólo acogiendo las verdades ya comprobadas, y dejando los errores, aprendiendo de la experiencia ajena, es posible el progreso<sup>25</sup>.

Más aún, la verdad es siempre una conquista solidaria, una empresa en común. Está comprobado que es mucho más lo que recibimos que lo que cada uno aporta al proceso, que es muy poco lo que puede uno solo en comparación con las exigencias de la verdad, que sólo desde la base firme de la tradición se puede dar un paso más adelante. Estas convicciones profundas orientaron su trabajo. Es edificante conocer el proceso que ha seguido Tomás en su obra. Parte siempre de un *status quaestionis*, que lo da el conocimiento del pasado. Tomás ha sentido la pasión por las fuentes, por dejarse ayudar de los que le han precedido<sup>26</sup>. Esa pasión le llevaba a una búsqueda apasionante de textos, autores, comentarios. Prefería un Comentario de San Juan Crisóstomo sobre Mateo a ser gobernador de París. Buscaba con afán el tratado que pensaba que había escrito Aristóteles acerca de las sus-

<sup>25</sup> Cfr. ARISTÓTELES, *Met. II, I*, 993 b 5: SANTO TOMÁS, *ibid.* Lect. 1ª nº 287: *Adiuvatur enim unus ab altero ad considerationem veritatis dupliciter. Uno modo directe, alio modo indirecte...*

<sup>26</sup> Cfr. C. PERA, *Le fonti del pensiero di Tommaso d'Aquino nella Somma Teologica*, Marietti, 1979.

tancias separadas y hasta cree haberlo visto en otra lengua. Era hombre de memoria muy fiel y retiene todo lo que ha leído. Da cuenta de ello y se siente deudor de lo que le han transmitido. Tomás trataba de que no se le escapase nada del pasado, de la palabra de Dios, de la obras de los pensadores, de los filósofos griegos y musulmanes. Prefirió Aristóteles, pero mantuvo el anhelo de beber también en las fuentes neoplatónicas. Estudió los padres latinos, se procuró las traducciones de los griegos, de los documentos de los primeros Concilios de la Iglesia, nada se le ocultó de los teólogos y escritores medievales, ni de los maestros principales de su tiempo. Puede decirse que está siempre muy bien informado.

Cuando se analiza en Tomás el curso de cualquier problema, el historiador está tentado de ver en él sólo un fiel trasmisor del pasado. Así lo estima Pierre Duhem al hablar de la ciencia. Todas las voces resuenan en su obra. Hasta el abad Joaquín da Fiore habla en ella. Esa tentación tiene que ser superada. Tomás sabe leer la historia con visión optimista. Su mirada descubre un desarrollo lento pero constante, con diversas etapas del camino hacia la verdad, sin prisa y sin pausa, poco a poco y como por pasos: *paulatim* y *pedetentim*. Así ha habido una lenta ascensión hasta la noción del ser y de sus propiedades, hasta el acceso de la razón humana al origen de los entes<sup>27</sup>. Aprecia mucho el esfuerzo de los grandes ingenios y hasta siente compasión por lo que ellos sufrían al no tener solución de los problemas definitivos del hombre. Esta es una gran tarea que se confía a la universidad.

La memoria del pasado tiene que ser activa, viviente. No bastan los instrumentos, libros, bibliotecas, ayudas. Se requiere la inteligencia en la

<sup>27</sup> SANTO TOMÁS, *De Pot.* 3,5; *ST*, 44, 2; *De subst. separatis*, c. 9. Cfr. A. LOBATO, *El ser y los trascendentales en Tomás de Aquino*, en "Veritatem in Caritate", Potenza, 1991, pp. 118-141.

cual radica la memoria humana. Tomás ha dado mucha importancia a la memoria del pasado en la cultura. Por su parte ha comentado el tratado aristotélico *De memoria et reminiscentia* y nos ha dejado consejos de oro para el cultivo de la *memoria praeteriti*, uno de los pilares humanos y punto de apoyo de todo progreso consolidado. El ejercicio asiduo de la memoria lo había convertido en una enciclopedia viviente. Tomás miraba a los genios del pasado con gran veneración y aprecio. Cayetano podía escribir con verdad acerca del maestro: *Tanto amó y veneró a quienes le precedieron que parece haber recibido la inteligencia de todos ellos*<sup>28</sup>. Tomás es un pensador esencial y dialogante. Busca la verdad y la busca dondequiera que se encuentre. Porque en definitiva la verdad, venga de donde viniere, siempre procede el Espíritu Santo<sup>29</sup>. Hay semillas de verdad en todos los pensadores. Como el ente es trascendental, lo son también sus propiedades. En los opuestos a ellas, hay siempre una presencia del ente, y por lo mismo de la verdad y del bien. No es posible la falsedad absoluta, ni el error total. Por ello se impone el diálogo con todos los que nos han precedido. La tarea primordial de la universidad consiste en la memoria viviente de la tradición cultural, para acogerla, conservarla y hacerla propia. La racionalidad humana exige una tarea de constante colaboración cultural, de armonía con el pasado del hombre en la conquista de su plena humanidad.

**La segunda tarea** arquitectónica de la universidad está en la trasmisión de la verdad en el presente. La vida, decía agudamente Aristóteles, consiste en los actos de los vivientes: *vivere viventibus est esse*<sup>30</sup>. La vida no repite, siempre crea y se manifiesta de formas

<sup>28</sup> CAYETANO, *In II. II. 148, 4 in fine: Quia Patres summe veneratus est ideo intellectum omnium accepit.*

<sup>29</sup> AMBROSIAS, PL., 17, col. 258. Esa expresión se apoya en San Pablo, (I Cor, 12, 3. Tomás la recuerda con frecuencia. Cfr. I.II, 109, 1 ad 1.

<sup>30</sup> ARISTÓTELES, *De Anima, II, 4, 415 b 13.*

nuevas. Si la vida universitaria, desde la anterior perspectiva podría aparecer mera arqueología, desde esta nueva dimensión que es su complemento requiere la novedad. Tomás dió un claro ejemplo de esta asimilación personal del saber y de la novedad de su magisterio. Es célebre un párrafo del biógrafo Tocco, que pone de relieve esta nota de sus lecciones. En menos de seis líneas aparece ocho veces la palabra “nuevo”: los oyentes apreciaban la novedad en Tomás, cuestiones, argumentos, palabras, luz, vigor. Había una novedad radical del espíritu. Tomás era visto por sus coetáneos como un gran innovador, y por ello para algunos sospechoso<sup>31</sup>. De hecho cada vez se hace más consistente la tesis de la novedad radical del pensamiento tomista. Para M.D. Chenu, Tomás era un constructor de una nueva cultura, de tal modo que transformaba todo cuanto tocaba, y así hacía surgir un mundo diferente, nuevo<sup>32</sup>. No era Tomás un filósofo de profesión y ha propuesto la filosofía más nueva y consistente de la historia que supera y funde las corrientes opuestas de platonismo y aristotelismo. La teología adquiere el rango sapiencial, de verdadera ciencia desde su nueva orientación, desde la primera cuestión de la *Summa*. La lectura que Tomás hace de los dos grandes libros escritos con el dedo de Dios, el de la escritura y el de la naturaleza, está llena de sorpresas para el lector. Todo es tan sencillo y casi trasparente, porque hay una luz de sabiduría que lo envuelve.

<sup>31</sup> TOCCO, *Hystoria beati Thomae*, 15, 236: “En sus lecciones Tomás introducía nuevos artículos, resolvía las cuestiones de una manera nueva y mucho más clara con nuevos argumentos. En consecuencia, quienes le oían enseñar tesis nuevas y tratarla con métodos nuevos, no podían dudar que Dios lo había iluminado con una luz nueva; en efecto ¿cómo se pueden enseñar o escribir nuevas opiniones, si no se ha recibido de Dios una nueva inspiración?”.

<sup>32</sup> M. D. CHENU, *S. Thomas innovateur dans la créativité d'un monde nouveau*, en la obra “Il pensiero di Tommaso d'Aquino e i problemi fondamentali del nostro tempo” a cura di A. Lobato, Roma, Herder, 1974, pp. 27–33.

Tomás nunca es un mero repetidor. Es siempre un creador. Su problema más arduo es el del pensamiento cristiano, que oscila entre la vida, la fe y la inteligencia de la verdad. La razón y la fe son opuestas y están llamadas a vivir en armonía profunda. Lo que crees no lo entiendes, lo que entiendes no lo crees. Y a pesar de ello el cristiano vive de la fe y de la razón, de una cierta inteligencia de lo que cree. Tomás ha logrado la mayor concordia entre ambas, entre fe y razón, y ha descrito los mutuos servicios que se prestan. León XIII lo expresaba con fórmula feliz en la Enc. *Aeterni Patris*: “*La razón llevada por las alas del genio de Tomás al vértice de su grandeza. ya parece no poder subir más alto, y la fe difícilmente puede esperar más y mejores argumentos que los que Tomás le ha dado*”<sup>33</sup>.

La verdad más alta pertenece a la revelación, y se acoge por la fe. Pero esa verdad que resulta inaccesible a la razón, se incorpora en la teología para una cierta comprensión, desde los preámbulos, las analogías, y sobre todo para la tarea de confutar todo cuanto se opone a esas verdades de fe. Tomás es un gran creyente, y es un hombre convencido de la fuerza de la verdad para modelar la inteligencia humana. Nada hay tan poderoso como la verdad. Hasta Job puede discutir con Dios, porque Dios se deja convencer sólo por la fuerza de la verdad. Por ello la tarea universitaria es la de aproximación a la verdad. A la teología se le confía la suprema sabiduría. Pero compete a la razón la búsqueda de la verdad a su alcance, y para ello la universidad tiene que ser el lugar del diálogo y de la investigación.

En los primeros capítulos de su obra completa y personal, titulada *Summa contra Gentiles*, una de las más densas que ha escrito el hombre, Tomás traza el camino del encuentro de todos los que buscan

<sup>33</sup> LEÓN XII, *Enc. Aeterni Patris*. n. 22.

la verdad, por el recto uso de la razón, a cuya fuerza todos están sometidos. Tomás confió en la inteligencia humana, en su capacidad de alcance y conquista de la verdad, en el poder de la demostración para denunciar el error y para aceptar la verdad. Él mismo sabe de la triste situación en que se encuentra. Acoge con satisfacción el parecer de Maimónides, de que la fe ha venido en ayuda de la razón humana, aun en las cosas que están a su alcance, pero que sólo pocos, después de largo tiempo y con muchos errores pueden alcanzar. En cambio, cuando la fe las propone, todos, en un instante y con la máxima certeza, las pueden conocer<sup>34</sup>.

La universidad está llamada a ser un foro de presentación y transmisión de la verdad, el areópago de encuentro de los hombres, de las escuelas y de las diferentes visiones de las cosas. Compete a los maestros iniciar a los estudiantes en la vida del saber, en el horizonte de la verdad demostrada. Esta tarea de comunicación es el ejercicio de la lección cotidiana. Pero al mismo tiempo se le impone otra tarea corporativa, la del encuentro de los doctos entre sí para disputar y comprobar la firmeza de lo que se enseña y se investiga. La verdad no se impone desde la autoridad, sino por su propia fuerza y por su peso. Ningún otro maestro de la universidad medieval ha tenido tanto aprecio a la disputa, a la *quaestio* como método de trabajo y campo de prueba del saber. Ninguno ha consignado por escrito las decisiones doctrinales, las respuestas que competen a quien enseña con autoridad. No es el cometido del maestro imponer su autoridad, porque él no habla para que crean. Tiene que ser capaz de lograr que el oyente por sí mismo vea el proceso, y desde la fuerza de los principios juzgue de las conclusiones: *el maestro debe lograr la inteligencia de la verdad que propone, para ello tiene que indicar los argumentos que van a la*

<sup>34</sup> SANTO TOMÁS, *SCG*, I, 4.

*raíz de la verdad, que hagan ver por qué es verdad lo que afirma*<sup>35</sup>. Mientras no llegue a eso no ha transmitido la ciencia, no es arquitecto universitario.

También esta tarea universitaria es esencial y pone a prueba cada día al profesor, al que enseña. Es una exigencia de la condición inteligente y racional del discípulo. Sería oportuno evocar la lección humilde y valiente de Tomás en sus disputas con otros maestros célebres, con Buenaventura, con Siger, con Peckam. Es ahí donde se manifiesta el arquitecto que no edifica sobre opiniones, pareceres, corrientes, sino sobre la roca sólida de la verdad poseída, comunicada, demostrada. En esta perspectiva dialogal la universidad se perfila como una comunidad de investigadores exigentes, de críticos rigurosos, de hombres que necesitan llegar a los principios para dar solidez a lo que enseñan. En todo ello Tomás es, como lo proclamaba Pio XI, *Studiorum dux*. No sólo porque ama con pasión la verdad y se somete a su imperio, sino porque refuta el error como un cáncer de la vida intelectual y humana. Tal es la doble tarea del arquitecto de la universidad<sup>36</sup>.

**La tercera tarea** del arquitecto universitario, del oficio del sabio, está orientada hacia el futuro. En Tomás se concilian muy bien las dos tesis que pueden a veces verse como opuestas; la solidez de los principios y el proceso interminable de la conquista de la verdad. Los principios de la mente humana, no son innatos, pero son como semillas que van con el hombre y actúan desde el primer momento de la vida intelectual, casi por un instinto natural. Todo conocer parte de la experiencia, hasta el conocimiento de las realidades que trascienden la experiencia, condicionada por la corporeidad y los sentidos. Entre esos

<sup>35</sup> SANTO TOMÁS, *Quodl. IV, 3*.

<sup>36</sup> SANTO TOMÁS, SCG, I, 1, n° 6: *Unde sicut sapientis est veritatem praecipue de primo principio meditari, ita est eius falsitatem contrariam impugnare.*

dos puntos de partida, el de abajo en relación con las cosas de este mundo, y el de lo alto que va con la inteligencia, está el proceso de cada hombre y de la humanidad. El hombre ha nacido para la felicidad, y esa consiste en la posesión gozosa de la verdad, en el *gaudium de veritate*, de agustiniana memoria<sup>37</sup>.

La verdad hace al hombre feliz, la falsedad y el error lo hacen desgraciado. La verdad está en la mente adecuada a las cosas, la falsedad en su inadecuación. La tarea humana está en esta capacidad de adecuarse mediante el juicio con la realidad. La realidad del mundo y del hombre se miden por el ser, por la participación en el acto de ser, que es luz y fundamento. Hay en cada ente y en todos ellos una luz que les hace ser objetos de la inteligencia. Son huellas o imágenes del ser infinito, y por ello sólo el entendimiento infinito los agota. El humano los indaga. Este proceso no se acabará nunca, ni en el análisis, ni en la síntesis, ni en el conocimiento de cada ente ni en el de las relaciones de todos con todos, porque son reflejo del absoluto. Nada hay tan contingente que no contenga en sí algo necesario, nada finito que no tenga un destello del infinito. La conquista de la verdad, siendo tarea de la humanidad en el tiempo, sometida a los errores, débil en sus procesos, será una tarea inacabada. Científicos, filósofos, teólogos nunca dirán la última palabra. Alcanzamos la verdad y la verdad nos excede. He aquí un pensamiento tomista de progreso sin fin en la tarea del futuro de la universidad como obra de los hombres en el tiempo. Tomás comenta un texto del final del evangelio de Juan, cuando dice que el Señor ha hecho y dicho muchas más cosas de las que escribe él en su libro, que, si las escribiera todas, los libros no cabrían en el mundo. Tomás, fiel a la hermenéutica del texto literal que contiene la verdad revelada, busca la verdad de esta afirmación y sostiene que esto es cierto.

<sup>37</sup> SAN AGUSTÍN, *Conf. X, 23, 33-34. Beata quippe vita est gaudium de veritate.*

Suponiendo que el mundo dure todavía más de cien mil años, y cada año se escriban nuevas cristologías, como en el pasado y aún muchas más como está aconteciendo, al final de todo ese período no se habrá agotado uno solo de los dichos o hechos de Jesús, porque sus hechos y palabras son de un hombre que es Dios, y todo lo divino es infinito, inagotable<sup>36</sup>. Algo así es también el mundo, es el hombre y lo son sus problemas. La universidad tiene el cometido de escrutar y preparar ese futuro, que debería ser mejor y más perfecto.

En Tomás, como es usual en los medievales, no hay una visión adecuada de la historicidad del hombre, pero no falta esa comprensión de la ordenación al fin y de las etapas de este itinerario que debería ser ascendente. La universidad está llamada a ser el lugar de la forja integral del hombre, donde se debe hacer posible el futuro más racional de la humanidad. Tomás, acoge de lleno la palabra del Señor que indica la fuerza liberadora de la verdad: *Conocereis la verdad y la verdad os hará libres!* (Jn,8,32). La verdad coincide con el ser, del cual es una propiedad, pero está en la mente y viene en definitiva de Dios, y por ello sólo se manifiesta plenamente en Jesucristo, quien dice de sí mismo: *Yo soy la verdad* (Jn,14,10). La universidad no puede dejar de lado esta dimensión del futuro del hombre, que ya ha comenzado y todavía no se ha consumado.

Podemos concluir esta primera etapa. Tomás, por su inserción en los dos momentos de la vida de la universidad, el de discípulo y el de maestro, ha asumido el “oficio del sabio” y ha querido ser en los primeros años de vida universitaria un “arquitecto” de la universidad, abierta a las tres dimensiones esenciales de servicio al hombre: conserva, vivifica y proyecta la capacidad racional del ser humano.

<sup>36</sup> SANTO TOMÁS, *In Evan. Iohannis*, 21, lect. VI, n° 2660.

## 2 El profesor “ideal” en la *paideia* tomista.

Tomás de Aquino es en verdad un arquitecto de la universidad medieval porque ha contribuido como pocos a su desarrollo. Su figura es todo un paradigma de la compleja tarea universitaria. En esta reflexión de retorno a los orígenes de la universidad, como lugar del cultivo de la dimensión racional del hombre, es oportuno prestar atención a un elemento decisivo de la vida universitaria, al rol que compete al profesor. La universidad es una escuela, en su más alto grado, lugar de promoción cultural, del desarrollo del hombre en el encuentro entre maestros y discípulos. Compete al maestro conducir a sus alumnos hasta llegar a la madurez humana en sus diversas posibilidades de perfección. Esta tarea era designada por los griegos como “*paideia*”. Se confía al *pedagogo* dirigir al adolescente hacia la plenitud humana. Los latinos la entendieron como *humanitas*, desarrollo de las potencias y posibilidades del hombre. El maestro es un guía en el camino de lo humano, en la conquista de la perfección a la que se siente llamado todo hombre. La universidad realiza su obra a través de sus maestros.

En nuestros días el significado de este nombre de “maestro” oscila entre los dos extremos, o bien se aplica sólo a quienes enseñan en los primeros grados de la escuela, o bien indica la plenitud de un hombre eminente en su materia. Se dice que nos ha tocado vivir en una sociedad sin padres ni maestros<sup>39</sup>. El nombre preferido para los operadores culturales es ahora el de “*profesor*”. En tal coyuntura es aleccionador interrogar a Tomás acerca del maestro, del profesor, del encargado de la promoción humana de los estudiantes. Él nos ofrece no sólo un ejemplo admirable del ejercicio de esta profesión, sino también una doctrina orientadora. La lección de Tomás de Aquino acerca

<sup>39</sup> Cfr. A. MITSCHERLICH, *Verso una società senza padre*, Milano, 1977.

de la “paideia” y del oficio del maestro universitario admite varios polos de referencia: vista desde el mismo maestro, su función es la de *auxiliar del alumno*; vista desde el sujeto en quien recae, es la *promoción de las virtudes*; vista desde la sociedad en la cual se encuentran maestro y discípulos, es la *formación de profesionales*. El profesor ideal en la paideia tomista tiene que ser un maestro al servicio del discípulo, capaz de llevarlo a un desarrollo humano integral, para que pueda contribuir al bien de la sociedad desde el uso adecuado de sus talentos personales. En los tres momentos complementarios Tomás aplica su idea del hombre como “animal racional”, el ser inteligente que despliega la razón.

## 2. 1 El mediador

Tomás vivió a fondo su vocación de “maestro”. Antes de iniciar este camino había meditado mucho en el modo de realizarlo, y nos dejó el testimonio de su vivencia y de su ideal. Ya hemos aludido a las dificultades externas a la hora de su entrada en el “*consortium magistrorum*”. Eran notables, pero menores que las que él mismo sentía dentro de sí. En la Orden dominicana circula un relato en que Tomás confiesa su temor de acceder al magisterio, hasta que el mismo Domingo de Guzmán se le aparece y le inspira el texto bíblico que debe glosar<sup>40</sup>. De hecho Tomás escribió su ejercicio de *Licencia*, tomando como base un versículo del salmo 103, 13: *Rigans montes*. En ese *principium* expone su idea del oficio del profesor, al cual le compete ser mediador en la obra de conquista personal de la verdad. Así como el agua baja de las nubes a los montes, y de estos a los arroyos, que forman los ríos y riegan los valles, así la verdad viene de Cristo, que es la verdad per-

<sup>40</sup> BERNARDO GUIDO, *Legenda S. Thomae, Fontes, pp. 179*.

sonal, llega directamente a los hombres inspirados, de quienes la reciben los doctores, y desde ellos se difunde en los discípulos y alcanza al pueblo. El punto central está en la afirmación de que Cristo es el *doctor doctorum*<sup>41</sup>. El pintor italiano Francesco Traini ha llevado al lienzo de modo admirable esta concepción de Tomás en su cuadro para la iglesia de Santa Catalina de Pisa. El maestro humano es un auxiliar del alumno, un instrumento a su servicio. En la tarea de transmisión de la verdad hay dos extremos: uno es la verdad absoluta que está en Dios, y se personifica en Cristo, del cual todo lo creado depende en su ser y debe acomodarse a él. No hay verdad sino en la adecuación entre la cosas y la inteligencia, pues la verdad radical es la adecuación de cuanto existe con la inteligencia creadora de Dios por medio del Verbo. Por eso tienen consistencia los entes, porque participan del ser. La inteligencia humana tiene que adecuarse a las cosas para poseer su verdad. En sus diversas exposiciones de la verdad Tomás oscila entre estos dos modos de comprensión, desde Dios, y desde la mente humana<sup>42</sup>.

El otro polo es la inteligencia del hombre, abierta al ser y por ello a la verdad. No hay verdad sino en la adecuación de la mente a las cosas. Conocer es conocer el ser, abrirse a la realidad, asimilar las formas de las cosas de modo intencional, pronunciar un verbo mental y lograr expresar en él la maravilla de los entes. Quien pronuncia ese verbo es la persona, que tiene en sí los principios y la experiencia. Conocer es ver las cosas a la luz de la mente y de los principios. Todo el proceso del conocimiento tiene una dimensión personal. El maestro es un agente del saber, pero no tiene poder para entrar dentro del alumno: no le da la luz intelectual, ni la capacidad, ni le puede suplir en el proceso de gestación de los conceptos. El maestro no entra en lo inte-

<sup>41</sup> SANTO TOMÁS, *Principium "Rigans montes" n° 2*.

<sup>42</sup> Cfr. L. DEWAN, St. Thomas' Successive Discussions of the Nature of Truth, en *ncipio meditari*, 2011.

rior. Sólo le compete ayudar desde fuera, con signos, con palabras sobre todo, con manifestación de lo que él ya sabe, para que el discípulo realice el proceso desde lo que ya conoce y sabe demostrar hasta lo que aún no puede demostrar. Todo conocer parte de algo ya conocido. El camino hacia el saber es personal, es del entendimiento de cada uno. Tomás recoge en este caso una analogía que ya usaba Aristóteles. El maestro es como el médico. Ambos cuentan con la naturaleza, no la pueden suplir, ni ignorar. El médico ayuda los procesos naturales del enfermo, evita lo nocivo y corrobora lo que le favorece<sup>43</sup>. Lo mismo hace el maestro. Quien aprende es el alumno, y sólo lo hace cuando es capaz de realizar el proceso desde su interior, por sí mismo. El maestro le puede dar una mano para que el alumno se ponga en camino, pero no puede hacerlo por él.

Ser un auxiliar supone el diálogo, la comunicación, la tutoría, seguir el proceso, hacer como la madre con el hijo. La inteligencia humana es el lugar de la verdad y del error, y ésta es potencia del alma, actividad de la persona singular. No es tarea fácil para el maestro tener que acomodarse al discípulo, estar con él, dialogar, ayudarle para que vaya por su propio pie. Ser maestro de otros supone la virtud de la humildad, la misma que se requiere para aprender, dejándose llevar de las cosas, sin pretender imponer su propio modo a la realidad. Esta es la tentación del intelectual que olvida que él no crea, sino que recibe, descubre el orden que otra razón ha puesto en él y en el mundo. El profesor es un mediador, un auxiliar al servicio de la inteligencia de los discípulos. Tomás de Aquino aceptaba el programa medieval del ejercicio de este servicio, desde las tres funciones, que ya estaban en uso en los maestros del s. XII, y se encontraban descritas en un texto de Pablo: *leer, predicar, disputar*. Estas eran las tres actividades del maes-

<sup>43</sup> SANTO TOMÁS, *QQ. DD. De magistro, XI, 1.*

tro frente al discípulo, en la cátedra diaria, en el púlpito en los días de fiesta, en los encuentros solemnes con otros maestros en la vida escolar. Mediante esas tres actividades, a las que fue fiel durante toda su vida, Tomás se ha hecho maestro no de un momento, sino todavía de cada uno de los estudiosos de su obra. El diálogo con Tomás es siempre un camino hacia la verdad y hacia el gozo de la verdad. Tomás pide al maestro la conciliación de dos extremos: por un lado que posea de modo cabal la ciencia que trata de transmitir, *explicite et perfecte*, y por otro que tenga la suficiente humildad para ponerse al servicio de la persona del alumno, al cual no puede iluminar desde dentro, sino solo auxiliar desde fuera<sup>44</sup>. Todo ser humano es inteligente. Pero sólo alcanza el saber por el ejercicio personal de la razón, que procede por sus pasos contados de los principios a las conclusiones, o resuelve los datos en las categorías y en el ente en el acto de ser.

## 2.2. El promotor

El maestro al servicio del alumno trata de promover en él las capacidades que ya tiene por naturaleza. El hombre es un ser singular, un itinerante hacia el ser en plenitud, un peregrino del absoluto. Viene a este mundo como imagen de Dios, como ser personal con una dignidad que le coloca por encima de todos los demás seres del cosmos, pero a diferencia de los demás animales, como decían los griegos, entra descalzo, desnudo, sin defensas<sup>45</sup>. En lugar de todo ello, apostilla Aristóteles, no ha subido al Olimpo como Prometeo a robar el fuego y las artes, sino que tiene ya por su misma condición manos y mente, que le dan una apertura universal<sup>46</sup>. Su itinerario es el paso de lo que ya es a lo que puede ser, de la potencia al acto. Al maestro le compete cola-

<sup>44</sup> SANTO TOMÁS, *QQ. DD. De magistro*, XI, 2.

<sup>45</sup> PLATÓN, *Protágoras*, 321–322.

<sup>46</sup> ARISTÓTELES, *De Anima*, III, 8, 431 b 22.

borar a este desarrollo. Puesto que el ser humano es lo que es por su condición de ser racional, por su forma espiritual, por su inteligencia, que es la primera virtud o potencia que emana del alma, la naturaleza traza ya los cauces del camino del arte. La plenitud humana se alcanza cuando el hombre es capaz de ejercer los actos de su vida racional de modo perfecto, no una sola vez sino de modo permanente, como quien ya posee la perfección y la ejerce cuando quiere. La perfección de la naturaleza racional del hombre consiste en la posesión de los hábitos que perfeccionan sus potencias racionales para el ejercicio de los actos. La plenitud de lo humano está en la adquisición de los hábitos buenos o virtudes. El hombre es capaz de sonar la flauta, el arte lo lleva a sonarla con maestría; es capaz de practicar la justicia, la virtud lo lleva a hacerlo de modo connatural; el hombre es capaz de conocer los secretos de los entes del cosmos, los hábitos intelectuales le llevan a la adquisición y ejercicio de la sabiduría. Tomás de Aquino describía la tarea perfecta del hombre como “educación y promoción del sujeto humano hasta el estado perfecto que es el de la virtud”<sup>47</sup>.

El desarrollo de la inteligencia prepara al hombre para el ejercicio de dos operaciones, en las que consiste la plenitud de la vida racional, a juzgar y a ordenar. *Sapientis est ordinare, sapientis est iudicare*, decían los antiguos<sup>48</sup>. Donde hay orden hay inteligencia, donde hay juicio adecuado hay verdad. Tomás ha desarrollado este concepto de orden como clave de la vida intelectual y de la promoción humana.

A las demás cosas la naturaleza les ha dado un orden establecido; en cambio al hombre lo ha dejado libre para que sea él quien ordene su propia vida y su mundo. Desde este poder racional de descubrir el orden y de implantarlo dentro y fuera de sí mismo, surgen los tres cam-

<sup>47</sup> SANTO TOMÁS, *In IV Sent. D. 26, q.1, a.1.*

<sup>48</sup> ARISTÓTELES, *Met. I, 2. 982 a 18.*

pos de la promoción peculiar del hombre, y son los tres constitutivos del horizonte de la vida universitaria. En la medida que el sujeto humano se mueve en ellos con las condiciones que exige el hábito virtuoso *prompte, faciliter, delectabiliter*, puede decirse que consigue la perfección<sup>49</sup>. Los griegos designaron estos horizontes del desarrollo humano con los nombres de *teoría, praxis y poësis*. La promoción humana consiste en lograr que el educando adquiera los hábitos dianoéticos, éticos y poiéticos, que son las llamadas virtudes intelectuales, morales y técnicas o artísticas, que hacen al sabio, al virtuoso, al genio. Por la apertura a la totalidad en el sujeto racional, esos horizontes admiten en las tres direcciones una prolongación al infinito. Porque el punto de partida es el mismo, es decir el sujeto racional, hay una analogía en los tres órdenes de actividades y de virtudes o hábitos: una sabiduría, que es el máximo de la virtud y se da en los tres órdenes, una ciencia o aplicación a las conclusiones y un efecto o término objetivo en cada uno de esos campos. La analogía implica mayores diferencias. Conocer es bien distinto del obrar y éste lo es del hacer. El acto se proyecta en el objeto, en el producto de la actividad. Los productos de la vida del saber admiten objetivación, como se comprueba en el legado cultural de los pueblos. El producto del *homo faber* es más constatable aún, sea útil, sea bello. El mundo 3º de Popper se forma con esos dos mundos humanos. Es más difícil plasmar hacia afuera el obrar del hombre. Los actos de la plenitud humana son personales, son la vida que va con el vivir, un acto de justicia, de prudencia, de heroísmo no trasciende el sujeto, culmina en la inmanencia. Con todo sólo estos actos de la razón ordenadora dan la medida de lo humano, de la madurez de cada hombre. La perfección teórica está en la verdad conocida, la perfección fáctica en la obra realizada. Esas dos actividades indican la capacidad perfecta del hombre, pero ninguna recae sobre el sujeto y lo hace bueno.

<sup>49</sup> Cfr. S. RAMÍREZ, *De habitibus in communi, Opera, Tomus VI*, Madrid, 1973. *De Ordine, Salamanca, 1965*.

En cambio la virtud moral, la prudencia, la justicia, hace bueno al hombre. Es ella la virtud por antonomasia. Sin esta no hay plenitud en lo humano<sup>50</sup>.

Si tal es el horizonte perfectivo del hombre, el maestro, el profesor, llamado a despertar en los hombres la dimensión integral tiene que hacerlo con el desarrollo de las virtudes morales, las que hacen buena la obra y bueno al hombre. Sin ellas no hay desarrollo. ¿Cómo lograr esta plenitud? No tenemos otra medida que la interioridad del sujeto. En los otros dos campos también es así, pero aquí lo es de modo especial. El maestro logra promover la plenitud del alumno de dos modos, con la doctrina, por la cual le indica dónde está la verdad, el bien, la belleza, y con ello le da luz para su interior. Pero de suyo, esto no es suficiente, porque no lleva a la acción. Esta se hace en concreto y tiene motivos personales. Para inclinar a los hombres en la realidad existencial, la vía más eficaz, que no excluye sino que integra la doctrina, es el ejemplo. Uno se mueve a obrar desde lo que ve en otro. Las palabras persuaden, los ejemplos arrastran: *magis movent exempla quam verba: Verba movent, exempla trahunt*<sup>51</sup>. El sermón pierde todo su efecto si no va corroborado con la práctica. Todo maestro tiene que estar convencido de que no hay medio más eficaz para mover al bien, que los ejemplos. Los malos ejemplos corrompen las buenas costumbres, los buenos incitan a seguirlos. En el saber, en el obrar y en el hacer, el profesor está llamado a ser un modelo, hasta poder decir a sus alumnos, “aprended de mí”, como decía el Maestro (Mt, 11, 29).

Los tres itinerarios de promoción humana hasta llegar a la plenitud son los caminos de la educación. Por naturaleza competen a los

<sup>50</sup> SANTO TOMÁS, ST, I-II, 57-58. La virtud perfecciona la potencia y es por ello un hábito operativo. La virtud moral no sólo lleva a ejercer bien la obra, sino que hace también bueno al hombre: *est bonus habitus et boni operativus, I-II, 55, 3.*

<sup>51</sup> SANTO TOMÁS, ST, I-II, 34, 1.

padres, como ayuda se trasfieren a los profesores, y por ello son como una prolongación del ejercicio sacro de la paternidad y la maternidad. El buen profesor es el que logra ser el maestro y dar una cierta *forma mentis* al discípulo. En verdad uno tiene muchos profesores, pero no muchos maestros. Tomás de Aquino, por sus muchos méritos, sigue siendo el maestro aún de los que saben, maestro de vida y de doctrina. Todo un ideal de educador integral<sup>52</sup>. La racionalidad humana se desarrolla en los tres campos de la vida universitaria, pero no por igual. Las escuelas de la antigüedad y las facultades medievales cuidaban en primer lugar de la formación del hombre, de las virtudes morales, luego despertaban las cualidades de cada uno. *Non omnia possumus omnes! Tractent fabrilis fabri!* Las escuelas modernas han invertido el orden, han olvidado al hombre para cuidar del científico y del artesano o del artista. Este olvido ha resultado fatal. Sin promoción humana integral, no hay comunidad humana. Se impone la vuelta hacia la conquista de la armonía en los tres campos del despliegue de la racionalidad humana. Tomás va por delante.

### **2.3. El profesional**

La universidad está al servicio de la sociedad. En ella nace, desde ella vive y para ella trabaja. La universidad debe ser espejo de la realidad cultural, tribunal de juicio de su orientación y sus desvíos, instrumento de promoción del bien común. Son muchos los agentes de la vida social. La universidad es uno de ellos, no ciertamente el de menos importancia. La sociedad debe cuidar la vida de la universidad, por lo que supone para la promoción humana de cada momento, pero debe ser exigente con ella de modo que cumpla su cometido, que es la promoción del bien común, desde el cumplimiento de los fines que le

<sup>52</sup> Cfr. J. MARITAIN, *La educación en este momento crucial*, Buenos Aires, 1950. A. MILLÁN PUELLES, *La formación de la personalidad humana*, Madrid, Rialp, 1963.

competen. El profesor, como agente universitario, además de auxiliar del alumno, de promotor del desarrollo integral de sus capacidades, con la unión de las dos perspectivas, la de auxiliar y la de promotor integral, tiene que ayudar a dar respuesta a lo que la sociedad requiere, la formación de profesionales en la vida en sociedad. La marcha ascendente de la vida humana requiere cada día mayor especialización, la cual no es posible sino sobre la sólida base de una formación general. El profesional que pide la sociedad es el hombre cabal que desempeña su oficio con auténtica competencia y con la garantía de servir al bien común. La virtud básica de la vida humana es la prudencia: *Prudentia est virtus necessaria ad bene vivendum*<sup>53</sup>.

A la universidad se le exige que sea un centro de formación en las diversas profesiones, conforme a la altura de los tiempos. Integrantes de cada profesión son los saberes y las técnicas. Teoría y prácticas van de la mano. De los profesionales depende la marcha de la sociedad. Pero aquí hay algo que los antiguos y los medievales tuvieron muy en cuenta. El ejercicio de una profesión, por ser una praxis, requiere un hombre formado en la virtud, un hombre bueno. Esta exigencia de una base humana de toda profesión era una condición requerida. Ante todo el hombre. Y lo decisivo es que no hay hombre sin virtudes morales.

Tomás de Aquino es el maestro de moral. La mayor parte de su obra teológica no es de mera especulación, sino de orientación del hombre como hombre, del hombre libre, que siendo dueño de sus actos está llamado a un fin y sólo lo consigue cuando realmente logra las virtudes morales. Una simple evocación de este itinerario de la formación moral, en la escuela universitaria, presenta las bases que requiere el ejercicio de toda profesión. La moral desarrolla la racionalidad con la

<sup>53</sup> SANTO TOMÁS, ST, I-II, 57, 5.

ordenación de los actos humanos al fin debido. Hay que partir de una concepción antropológica adecuada, del hombre en su realidad de cuerpo y alma, del ser personal inteligente y libre. El sujeto humano libre tiene que ser capaz de dar sentido a su vida. Y para ello tiene que conocer de dónde viene y hacia dónde va mientras realiza su andadura temporal. Buenaventura escribía un programma delicioso para el hombre itinerante de la Edad Media, y lo llamaba *Itinerarium mentis in Deum*<sup>54</sup>. Era un programa integral que seguía los pasos de San Francisco. Tomás de Aquino trazó su plan para el hombre y el cristiano, desde el esquema neoplatónico del *exitus-reditus*, desde la libertad que revela la imagen de Dios en el mundo, hasta Dios mismo como fin último por el camino de la libertad: *De motu rationalis creaturae in Deum*<sup>55</sup>. El eje de este movimiento es la libertad humana. Por ello la gran tarea de la formación de todo hombre es la paideia de la libertad. La racionalidad del hombre requiere que el proceso sea libre, y que llegue libremente a su fin. El hombre es un ser libre, y la libertad es el gran poder de promoción y de destrucción del hombre. Por ser libre el sujeto humano dispone de su acto, de sí mismo, de su comportamiento. No basta la libertad como dominio del hombre sobre sus actos. Ese es un poder ambivalente, que no garantiza socialmente el buen ejercicio de la profesión. Se requiere que la libertad sea el principio de todo acto humano, pero se exige también que el acto humano esté regulado para que se dirija al fin debido. Sólo desde el orden racional al fin resulta la moralidad, lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo.

La “paideia” de la libertad humana no tiene otro fundamento que la verdad del hombre. El evangelio de Juan lo había propuesto para todos de modo admirable y único: *Conoceréis la verdad y la verdad os*

<sup>54</sup> SAN BUENAVENTURA, L'itinerario della mente in Dio, La Scuola, 1995. Con un sabroso comentario de G. Zuanazzi.

<sup>55</sup> SANTO TOMÁS, ST, I, 2, prol.

*hará libres* (Jn, 8,32). Juan Pablo II ha desarrollado de modo magistral el itinerario libre del hombre hacia el bien, desde la verdad de sí mismo, como un itinerante hacia Dios<sup>56</sup>.

Dos grandes ayudas tiene el hombre en este camino moral desde el ejercicio de la libertad personal hacia el bien y la virtud desde la cual puede garantizar el comportamiento en su profesión, la conciencia y la ley. La moralidad supone la conciencia, como criterio del bien y del mal en el sujeto, testigo y juez, que enuncia en el santuario de cada uno los principios de su conducta, y aprueba y reprueba, aplaude y condena, testifica y remuerde. La conciencia implica una referencia a una regla desde la cual se juzga si es recta la acción o no lo es, si conviene al ser racional o no<sup>57</sup>. El criterio de la conciencia es necesario, pero no suficiente. Puede estar deformado por la cultura o las pasiones. Por encima de la conciencia está la ley natural, participación de la ley eterna en la creatura racional, de la cual brotan las grandes inclinaciones hacia el ser, el bien, la verdad. La ley natural es objetiva, trasciende el sujeto, dicta los principios del orden moral, proclamada en la interioridad racional del sujeto libre. Tomás de Aquino la ha escrutado a fondo y ha dejado sobre ella luminosas orientaciones que sirven de puntos de partida para la vida humana. Su tratado de la ley natural es todo un hito, una piedra miliaria para el desarrollo de una moral humana con alcance universal, para la fundación de los derechos y deberes del sujeto humano, para una formación objetiva en el campo profesional<sup>58</sup>. La crisis ética de la cultura actual, denunciada con vigor por un coro unísono de voces que vienen desde ángulos muy diversos, está exigiendo

<sup>56</sup> JUAN PABLO II, *Enc. "Veritatis splendor"*, 1993, nn. 6-27.

<sup>57</sup> SANTO TOMÁS, QQ. DD. *De Veritate*, 17: *De conscientia*, 1. Cfr. A. LOBATO, *Coscienza morale e storicità dell'uomo in S. Tommaso d'Aquino*, en el vol. "Crisi e risveglio della coscienza morale nel nostro tempo", Bologna ESD, 1989, pp. 9-46.

<sup>58</sup> SANTO TOMÁS, ST, I, II, Q. 94, 1-6.

una vuelta a las raíces de la formación humana profesional más acorde con la tradición tomista. Está aquí en juego el hombre, porque lo está la racionalidad. Muchos discípulos de Tomás se preguntan ahora por la racionalidad que debe desarrollar el hombre, por una nueva comprensión de la razón práctica, por una promoción de lo humano que esté de acuerdo con las exigencias del hombre perfecto que se revela en Jesucristo. Tomás de Aquino impulsa en esta dirección para salir de la aguda crisis racional que padecemos<sup>59</sup>.

El rol del profesor, en la orientación de la libertad de todo sujeto que se forma en la universidad para el ejercicio de una profesión, es el de la responsabilidad desde el ejemplo y la doctrina. La “paideia” tomista atiende ante todo a lo interior. Su punto de apoyo es el ser personal, con su autonomía, subsistencia y dignidad. Pero su meta es la formación de la personalidad integral, humana y cristiana, desde sólidos fundamentos en la verdad y el bien. En todo el proceso la interioridad es decisiva: el sujeto vive en la immanencia, se rige por la luz intelectual propia, por la conciencia personal, por la ley interiorizada, y hasta la ley nueva se ha adaptado a ese santuario de la persona, porque es más bien infundida que escrita. Todo se orienta hacia la libertad y ésta se dirige a la conquista del bien y de la verdad.

## **A modo de conclusión**

*Llegados a este punto podemos hacer alto en nuestro camino. Hemos recorrido el itinerario y hemos logrado una cierta aproximación a los dos objetivos de nuestra reflexión: los orígenes de la vida*

<sup>59</sup> Cfr. A. MACINTYRE, *Tras la virtud*, Editorial crítica, Barcelona, 1987; Id. *Tres versiones rivales de la ética: enciclopedia, genealogía, tradición*, Rialp, Madrid, 1992; J. M-BURGOS, *La inteligencia ética. La propuesta de Jacques Maritain*, Peter Lang, 1995.

*universitaria, vividos por Tomás de Aquino, y el ideal propuesto para esta tarea en el lejano siglo XIII. Todo ello tiene relación con el proyecto de vuestra noble ambición de reinstaurar en este final del s. XX la vida universitaria. Al final del itinerario podríamos extraer un haz de conclusiones. Dos me parecen apropiadas, porque no exceden las premisas y las estimo dignas de tenerse en cuenta: una, el ejemplo de Tomás como arquitecto de la vida universitaria; otra, su concepción de la tarea de la universidad, vista desde la perspectiva de la doctrina, o la conquista de la verdad como tarea preferencial del profesorado. Ambas son ejemplares y por sí solas constituyen como una llamada a la imitación. Nos toca a nosotros comportarnos hoy como lo hacía Tomás en su tiempo. León XIII, en el documento base del retorno de Tomás a la cultura de la Iglesia, en la Enc. "Aeterni Patris", invitaba a los estudiosos a ponerse en camino hacia Tomás: Ite ad Thomam!.*

*En Tomás hay algo de valor permanente. Una doctrina acerca del hombre, de la cultura, de la sociedad. Su obra y su doctrina siguen en pie. Por ello no podemos contentarnos con esa llamada a la imitación y dejar esta reflexión en el aire como una cosa del pasado. Esta mirada retrospectiva se presta a ser también punto de partida para una tarea de futuro. La idea tomasiana de universidad resulta originaria. El concepto de profesor, de sus cometidos y sus problemas, sigue vigente y es como un reto de nuestra hora.*

*Yo creo que el mejor servicio que Tomás nos puede prestar hoy en estos dos campos, el de la idea de universidad y el de la función del profesorado, es su doctrina acerca de la primacía de la inteligencia, el haber puesto en claro la función de la razón en una antropología integral. Si el hombre es en verdad el "animal rationale" tiene que lograr su plenitud en el desarrollo de la razón, en dejarse guiar por ella: "ut*

inclinetur ad agendum secundum rationem”<sup>60</sup>. *La universidad actual está llamada a retomar esta tarea con todas sus consecuencias para la cultura. Porque la razón se encuentra muy mal parada en nuestro tiempo.*

*Se trata de una tarea ardua, permanente, típicamente universitaria. Por una cierta paradoja, la cultura moderna iniciaba su andadura con la exaltación de la razón, con la lucha contra los llamados “oscurantismos”, con el lema de los ilustrados, “Sapere aude”, y llega al final de su parábola errática, con el eclipse de la razón y el olvido de la inteligencia. El posmodernismo ha sentado en las cátedras a todos los enemigos de la razón. El siglo XX es testigo de dos grandes crisis, la del existencialismo de la primera mitad, y de la razón científica en la segunda mitad. Las dos son crisis de la inteligencia.*

*España, que andaba un poco alejada de la cultura europea a la moda, se sentía sacudida por la voz de sus representantes con audiencia más allá de los Pirineos. Unamuno pedía un puesto para el “Sentimiento trágico de la vida”, Ortega pretendía que España abriese sus aulas a la Kultur germánica, donde se había formado. Unamuno trataba de instaurar una nueva cruzada: “Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la razón”<sup>61</sup>. Aquí en Madrid resuenan todavía las reflexiones de Ortega y Gasset, hechas en alta voz allá por los años 30, cuando España miraba con recelo y cierta envidia a la realidad europea. Ortega sentía la llamada cultural de Europa, meditaba acerca de la misión de la universidad, a la que concebía como lugar de trasmisión cultural. Proponía erigir una Facultad de la cultura como centro de la vida de la universidad,*

<sup>60</sup> SANTO TOMÁS, ST, I, II, 94, 4.

<sup>61</sup> UNAMUNO, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Obras, Aguilar, 1958, pp. 73.

*que diera sentido a las especializaciones. Le dolía ver que Europa, llamada a ser la inteligencia, “desde hace tiempo camina con la cabeza para abajo y los pies pirueteando en lo alto”<sup>62</sup>.*

*En la base del problema de la universidad está siempre el puesto que ocupa la inteligencia, o la comprensión del hombre como animal racional. La crisis de nuestro tiempo deja ver más claro que nunca.*

*El problema de la cultura es el problema del hombre, ser cultural. Cada período cultural se distingue tanto por los problemas que acentúa como por los que deja en el silencio. La cultura actual ha reducido su campo, se ha empobrecido mucho. La tarea del conocer humano es siempre selectiva, porque la totalidad resulta inabarcable. En la selección está el acierto y también el posible desvío. Nuestro momento cultural se ha alejado por derroteros irracionales. Vivimos en situación de eclipse epocal. Lo ha definido Heidegger por “el olvido del ser”. En ese gran olvido entran otros muchos, como el de Dios, el del alma, el de la virtud. El olvido del ser lleva consigo el olvido de la inteligencia y la imposibilidad de comprender al ser humano como animal racional.*

*En verdad la dimensión racional del hombre de hoy parece reducida a solo dos ámbitos, el de la ciencia de los fenómenos y el dominio de las técnicas. Es el desarrollo del proyecto del hombre moderno expresado gráficamente por Bacon: Scientia et potentia in unum coincidunt. El saber se reduce al dominio de la realidad desde una comprensión físico-matemática. Por ello la universidad no se orienta, como en el pasado, a la trasmisión del saber cuanto a la investigación, al cultivo de las ciencias en las que se provoca el progreso humano. La universidad de nuestro tiempo ya no es el lugar privilegiado de*

<sup>62</sup> ORTEGA Y GASSET, *Misión de la Universidad, Obras*, IV, 346 y ss.

*algunos clérigos, como en la Edad Media, o de las clases poderosas, como en la hora moderna, porque se ha abierto a todos y se ha masificado; la universidad de masas, como los estados, olvida las personas y se ocupa de la organización y la burocracia, necesita ingentes recursos económicos y se hace mendiga de los políticos, los cuales quieren dominarla. Todas las modernas dictaduras han tratado de apropiarse de la libertad de la universidad. El ideal de la universidad se ha desdibujado. El maestro y el alumno apenas tienen relaciones interpersonales. La democratización ha llevado a la universidad intereses ajenos al ideal de la vida universitaria. La dimensión racional se difumina, queda ensombrecida, sin un perfil bien definido.*

*En la situación actual, con sus logros y sus defectos, ambigua y problemática, quizá la laguna más notable y la carencia más radical es de tipo antropológico. No hay una comprensión de la racionalidad humana, de su función humanizadora e integral. A ello se debe que dos grandes dimensiones del hombre han quedado fuera, reducidas a lo privado: la moral y la religiosa. Desde los positivistas ingleses, esta exclusión está justificada porque ninguna de las dos puede pretender valor ni alcance universal. La moral es sólo externa, mera costumbre, la religión es cosa privada. Lo racional queda reducido al campo de los fenómenos observables, cuantificables, y por ello sometidos a la comprobación físico-matemática. Esa razón envilecida es la que se ha aliado a las “ideologías”, a la dictaduras, la que se ha prostituido como auxiliar de los genocidios y barbaries del siglo presente, la que ya se ha hecho culpable de atentar contra el hombre: así, en la bomba atómica, en los campos de concentración y de exterminio. La ciencia que brota de esta racionalidad ya no es inocente, la razón que subyace se ha hecho culpable. Por todo esto, ese tipo deformado de la razón, tiene que dejar paso a la verdadera razón humana, que se extiende a todos los dominios, teoría, praxis y poésis.*

*La nueva universidad tiene que volver a recuperar la fuerza de la razón, la función que ella tiene al servicio de la inteligencia, la cual tiene como fundamento el ser y la verdad. En nuestra situación de eclipse de la razón, y por ello de angustia y de peligro, Tomás de Aquino puede ser una preciosa ayuda para que la universidad recobre su vigencia en la cultura y la sociedad. Con su apoyo es posible el retorno al coraje por la verdad, a la primacía de la persona, a la noción integral de la razón, en su relación con la inteligencia y con la sabiduría. En esa coyuntura la universidad vuelve a ser el lugar de promoción humana integral, el santuario de la inteligencia, la sede de los maestros que propician en sus alumnos la forma mentis que sólo se deja llevar por la fuerza de la verdad.*

*Concluyo con un deseo, expresado por Pio XI para mi universidad de Roma: que Tomás de Aquino, el arquitecto universitario, el Doctor humanitatis, pueda habitar con vosotros en esta universidad como en su propia casa, y en ella ejercer ahora y en el futuro la paideia tomista de la razón.*

Roma  
Universidad de Santo Tomás